Arte garañón

Hernán Lara Zavala

La ironía, el erotismo y la continua exploración de las obsesiones han hecho de Hernán Lara Zavala —autor de Muñecas rotas, Charras, Contra el ángel*— uno de nuestros narradores más rigurosos y fieles a sí mismos. En este relato el escritor mexicano hace una gozosa afirmación de la sexualidad desenfadada y lúdica.*

No, no es que no me guste la posición de perrito, lo que pasa es que no me acaba de convencer plenamente porque no puedo verle la cara a mi pareja y a mí lo que más me excita cuando hago el amor es mirar de frente el rostro de la mujer con la que me voy a acostar; se trata de un asunto de deleite de ojos: me intriga su mirada desde cómo me recibe cuando ya estamos listos para la elegida entrega; me gusta observar si está angustiada, complacida, nerviosa, excitada, tímida, anhelante, sonriente o desafiante, quiero ver cómo entorna los párpados cuando siente que me introduzco en su cuerpo; me gusta percibir si tiene la vista perdida o pone los ojos en blanco y mejor aún si se le ven idiotizados o estrábicos, que es uno de los gestos que más me calientan aunque me doy por bien servido si simplemente entorna los párpados en beatífica pasividad como si estuviera recibiendo las lenguas de fuego en pleno Pentecostés. Me gusta observar cómo distiende sus fosas nasales, cómo mueve las aletillas de la nariz, cómo entreabre los labios y murmura algún deseo extraviado u oculto mientras muestra parte de sus dientes húmedos y brillantes y su lengua anhelante, oír que gime y que me pide más. Me gusta escuchar muy cerca del oído el timbre de su voz, a veces expresado mediante un susurro, a veces pegando de gritos revelando sus deseos inconscientes a los cuatro vientos, adoro escuchar esas palabras que surgen espontáneamente desde lo más íntimo de su ser, desde su infancia o adolescencia e vocando nombres, apodos, picardías, imágenes o situaciones reales o ficticias que la llevan a proferir palabras tiernas y dulces al igual que sus más vergonzantes frases en donde lo vulgar y lo procaz deja de serlo para convertirse en una suerte de oración que la excita y me excita por igual pues es una suerte de canto al amor sin ambages ni concesiones. Me gusta que se le escurran las lágrimas y se le corra el rímel, que quede con los ojos maculados de placer. Eso es lo que más me estimula y por eso mi postura favorita y con la que siempre inicio es, aunque no lo crea, la más convencional de todas: la del misionero, quién lo dijera, ¿no? Me gusta, en suma, cubrir por encima a una mujer para, desde ahí, controlar su mirada, su voz, sus deseos y sus anhelos. Una vez que se encuentra poseída por mi cuerpo me dejo guiar por ella y si quiere levantar las piernas alrededor de mi cintura o prefiere que yo la coja de los talones y le lleve los pies hasta la nuca, le acaricie las nalgas o la tome de los hombros para impulsar nuestros movimientos me da igual porque ya sé que la tengo bien atrapada, atravesada cual mariposa de colección. Después de la postura del misionero la otra que disfruto es la de ella encima porque a ustedes les resulta particularmente placentero y a mí me permite admirar sus cuerpos de frente y observar sus caras con los ojos en alto pidiéndole al cielo todo lo que desean mientras galopan a su gusto dándole vuelo a la hilacha. ¡Cabalguemos juntos hacia el éxtasis!

Pero mirar no representa ninguna actitud pasiva, qué va, no, mirar es un acto propiciatorio e indispensable previo al acto sexual pues nos hace enfrentar el cuerpo y la cara, abordarnos, acosarnos y cercarnos hasta que

ella misma pida ser penetrada y yo suplique ser uno con ella. Es el paso complementario que nos impele a atrapar al vuelo el deseo de nuestra pareja. Pero cuidado: la sustitución inconsciente del importante acto de mirar por la banal acción de ver puede frivolizar la actitud de la amante.

Claro que ejerzo la postura del perrito, cómo no, pero nunca para empezar y confieso que también lo disfruto pues me permite admirar y sentir los hemisféricos nalgámenes sobre mi pubis moviéndose acompasadamente al ritmo del toma y daca mientras sostengo con manos firmes las estrechas curvas de la cintura y me despeño admirando la prolongada cañada oscura de su culo. Pero en mi oficio no se trata meramente de sentir placer, es importante, claro, si no yo no podría funcionar pero mi obligación consiste sobre todo en el oficio de brindar satisfacción, de hacer feliz a las mujeres, de ponerlas a soñar, de echarlas a volar erótica, sensual, carnal, anímicamente. Por eso también me gustan los espejos porque cuando jugamos al perrito ella puede mirarse y, al reflejarse, puede mirarme a mí también, le permite mirar oblicuamente lo que le está ocurriendo y mirarme, mirar que yo también la estoy mirando mientras la penetro en un doble acto litúrgico donde la voluntad ha pasado a un segundo plano si es que acaso no ha cesado de existir.

Por la misma razón soy amante de la felación ante un espejo en donde la mujer se hinca como si estuviera frente a un dios y con sumo cuidado toma mi miembro entre sus manos y se lo mete voluntariamente a la boca como si se tratara de un sagrado sacramento que le permite recibir y dar placer, recibir vida y tragársela hasta hacerla propia y nutrirse de ella. Eso me excita a mí pero más las excita a ustedes pues al verme en plena erección, majestuoso, aprenden a disfrutar en el reflejo el acto que atrapa ese único instante irrepetible del deseo y fija la imagen para siempre en su recuerdo. A veces algunas mujeres tienen la desfachatez de desafiarme retándome con ojos felinos mientras me encuentro en trance y entonces descubro que he triunfado pues hemos invertido el proceso y están más preocupadas por brindarme placer que en recibirlo. Al principio esto me cohibía un poco pues sentía como si estuviera engañando a mi cliente pero después entendí que habían aprendido a su vez mi lección y me estaban ofreciendo una sopa de mi propio chocolate al verse reflejadas brindándome placer, dilapidándolo por el solo hecho de excitarme y colmarme de deseo. Por eso también me gusta que me vean cómo coloco sus cuerpos frente al espejo mirándose a sí mismas, que observen cómo mis manos las recorren sin pudor hasta que ellas, como Alicia, logran atravesar la superficie pulida del reflejo para internarse en lo más profundo de su narcisismo que comparten conmigo, con mis manos, con mi cuerpo y con mi sexo que no sueltan sino hasta que se pierden en dulce fusión como si fueran ángeles tallados de exaltados ojos. Y es que mi trabajo es de lima y cincel y debo conjugar armoniosamente la inspiración y el esfuerzo para lograr una comunicación interior con mi cliente, siguiendo sus ritmos personales, su intuición musical, su sensibilidad rítmica para que, por la calidad y trabazón de nuestros cuerpos, el acto quede sólidamente engastado en su mente pues las mujeres tienden al orgasmo en la imaginación antes que en la entrepierna.

No, no soy un artista ni mucho menos, qué va, soy un simple artesano, como dijo el poeta, "por la gracia de Dios

Alfred Kubin, *Landscape with Horses*, 1912

o del demonio... y por la gracia de la técnica y del esfuerzo". Yo ignoraba por completo lo que tenía entre las piernas pues no había visto más miembro en erección que el mío y no fue sino hasta que una novia que trabajaba como actriz porno me propuso que entrara a trabajar en el antro donde era la estrella pues me aseguró que yo estaba lo suficientemente bien dotado como para ganarme la vida con mi arma. Fue entonces que ingresé al Kubla-Khan que estaba regenteado por un extraño personaje nacido en China, joven e impecablemente bien vestido, que hablaba muy poco español, que jamás sonreía y que, al verme desde sus ojillos ocultos tras sus gafas redondas entre los otros garañones, se percató de que efectivamente el Señor me había bendecido con un fusil de alto calibre. Me contrató de inmediato y sin regateos, y su único comentario fue que para agradecerle a la naturaleza lo que me había concedido tenía que empezar a usufructuarlo.

Así, poco a poco fui adquiriendo fama y dinero. Uno de mis trucos para mantenerme enhiesto era olvidarme totalmente de lo que me rodeaba para concentrarme exclusivamente en lo que tenía que ejecutar. Si tu cerebro no funciona tu cosa no se pone dura y entonces quedas en el más absoluto ridículo ante el público. Antes de iniciarme en esto del negocio fui soldado, boxeador y guardaespaldas, todos trabajos duros donde te la tienes que jugar pero yo le puedo asegurar que es mucho más fácil romperle la madre a cualquier tipo que se te ponga enfrente, por fuerte que sea, que mantenerte en erección frente a un público exigente y demandante que lo único que le interesa no es sólo verte coger sino, como en un circo, presenciar un fenómeno de medidas descomunales al taladrar a una mujer —mientras más pequeña mejor— y que, al verte avanzar con la bandera izada en todo su esplendor, intenta huir para finalmente someterse, cual toro maligno, a la firme muleta de tu miembro para júbilo y delectación de la afición que clama por verte darle la estocada final y chorrearte como si cortaras orejas y rabo y créeme que para eso tienes que echarle todo el coraje posible. ¿Que si sé del tantra? ¡Claro! Hasta tomé un curso pero de qué me sirve tener un coito de tres horas si no ofrezco pruebas de la calidad de mi servicio, es decir, que yo también logré tener un orgasmo. De eso se trata: no sólo de dar placer sino de hacer sentirle a tu pareja que ella también te gusta.

Salí de trabajar de allí cuando una señora que me vio en acción, amiga del Chino, se le ocurrió hacerme una propuesta para que me fuera a trabajar con ella en exclusiva y así, de sopetón, me ofreció mil dólares por noche. Me picó la curiosidad y la ambición, me fui con ella y a partir de allí logré establecer mi propio negocio. Hablé con el Chino, que movió la cabeza afirmativamente y sin sonreír y no me dijo más pero hasta la fecha me sigue mandando clientes, claro con su respectiva comisión. Todo lo demás llegó por añadidura.

Sé que la gente tiene una idea horrible de mí pues me ven como una bestia insensible y desproporcionada, como un garañón que va por el mundo blandiendo su sexo y penetrando a quien pueda pagar mis honorarios que no son cualquier cosa, pero en mi fuero interno yo sé que no soy así. Me considero un profesional de mi trabajo con el que cumplo religiosamente cuando me contratan. ¿Que si no he tenido problemas de disfunción? Le mentiría si le dijera que no pues a todos los hombres nos sucede eso alguna vez. He tenido días mejores y peores pero yo no puedo permitirme el lujo de estar fuera de forma pues soy, en un sentido, como un atleta que tiene que salir al *ring* bien preparado, listo para ganar, después de haber corrido cientos de kilómetros durante meses y de haber entrenado cotidianamente en el gimnasio pegándole a la pera y al costal y partiéndome el alma con los *sparrings*; tengo que conjugar armoniosamente la gracia y la técnica, la inspiración y el esfuerzo pues soy como un cantante que ha ensayado y ha cuidado su voz y su garganta para dar lo mejor de sí a partir de la noche del estreno. No fumo, bebo muy poco, hago ejercicio todos los días y nunca como antes de salir a trabajar, por ejemplo, para no alterar el flujo sanguíneo de mi cuerpo que suele distraerse con el proceso de la digestión. Tengo un miembro que rebasa los veinticinco centímetros y por lo tanto necesita mucha sangre para adquirir la fuerza necesaria. Yo tengo una reputación que mantener; por eso soy el más cotizado en el negocio, porque siempre estoy ahí, con el sable bien temperado.

Pero no crea, en la intimidad soy un tipo como cualquier otro. Me parece que la mayoría de los hombres, y ahora también algunas mujeres, le dan demasiada importancia al tamaño del sexo o de los senos o de las nalgas. Son como unos niños que creen que el que la tiene más

¿Qué va a pasar conmigo dentro de unos años? Quién sabe, yo lo ignoro, aunque seguramente me ocurrirá como a aquellas esculturas antiguas que quedan en calidad de pieza de museo.

grande es necesariamente el mejor y debe ser el jefe de la pandilla; igual les parece ahora a las mujeres que piensan que mientras uno la tenga más grande mayor será el placer y eso claro que a mí me conviene pues puedo vanagloriarme de que tengo un cachalote: no en balde me he tirado a casi mil actrices que me han pagado para ello, como si fuera clínica de cirugía plástica. Pero aquí entre nos debo confesarle que, relajado, soy exactamente como cualquier otro y mi hombría se pierde en la maraña de mis vellos como si fuera un testículo más.

Mire por ejemplo, mi esposa es una mujer común y corriente que ni es modelo ni gente de la farándula, es una simple ama de casa con la que tengo una hija y ya llevo casado con ella más de diez años. En mi vida personal nunca me he involucrado con una mujer simplemente porque ejerza sobre mí una atracción sexual, ¿se imagina? No lo necesito, de hecho hasta me hastía un poco. Es como si un cocinero tuviera que enamorarse necesariamente de alguien que supiera cocinar bien o el dueño de unos baños públicos que llegara a casa a echarse un vaporazo después de trabajar todo el día o un cantinero que llegara a emborracharse, sería absurdo, redundante, fatigoso, aburrido. Mi vida personal la tengo blindada si no perdería aquello que más aprecio que es mi familia. Fuera de mi trabajo necesito una mujer a la que el sexo no le interese mayormente, con la que tenga alguna otra cosa más que compartir con ella pues en la vida cotidiana lo único que deseo es no pensar en el trabajo; de hecho casi todas las noches cuando llego a casa meriendo y me meto a la cama con mi esposa, miramos un rato la televisión sin siquiera tocarnos y cuando me doy cuenta ya estoy tan profundamente dormido como un angelito. El dinero que gano en mi trabajo me gusta disfrutarlo con mi mujer y con mi hija, que son quienes realmente me importan. En casa del herrero azadón de palo, ¿no?

¿Que para quién trabajo? Por lo general para mujeres que fluctúan entre los treinta y treinta y cinco años pero puedo llegar hasta los sesenta o sesenta y cinco, aunque no es lo que más me gusta. Pero fíjese usted el otro día el Chino me mandó un par de jovencitas que querían "perder su virginidad conmigo". Yo las aconsejé y les dije que no fueran tontas, que la virginidad no se pierde sino se gana y que la mejor manera de perderla para ganarla es haciendo el amor con un hombre que les interese, que quieran, que admiren y les guste, a uno al que sientan que amen, cuidándose, eso sí para no quedar embarazadas. Pero no, no me hicieron mucho caso e insistieron diciendo que no querían compromisos y que a la mayoría de los jóvenes no les gustaba meterse con chicas que fueran vírgenes, así que no me quedó más remedio que cumplirles aunque eso sí primero les pedí que me demostraran que eran mayores de edad pues yo no quiero tener ningún tipo de lío con la justicia. Ocasionalmente también he concedido meterme con mujeres un poco mayores pero la verdad es que implica un esfuerzo muy grande y prefiero disuadirlas y declinar con algunos consejos que nunca les vienen mal. Pero en esencia yo trabajo para aquellas mujeres que están hartas de la soledad, de la rutina, del desinterés o de la insatisfacción, para aquéllas a las que se les apetece tener una relación conmigo porque o no tienen hombre que les cumpla o el que tienen ya no las pone cachondas. Yo les ofrezco esos pocos minutos de felicidad ficticia, de evasión, para que luego se limpien o se bañen y se larguen a su casa o a la calle a trabajar como si no hubiera pasado nada pero recordando que se han metido con uno de los más grandes y de los mejores. Soy todo un profesional: usted me dice si quiere una postura vaginal o una anal, si quiere darme una felación o hacerme una puñeta y yo me limito a cumplirle con todo lujo y eficiencia. Cuando una mujer encuentra aquello que andaba buscando prefiere no cambiarlo y eso me ha permitido tener muchas clientas que me visitan una o dos veces al mes como si fuera su peinador. Las mujeres de hoy gozan de muchas libertades, están totalmente emancipadas, ganan buena plata y a veces prefieren saciar su apetito sexual sin necesidad de meterse en mayores embrollos o de arriesgar su estatus familiar. Algunas han llegado tan lejos como para ver la actividad sexual como si se tratara de un partido de tenis o de *ping-pong*, en donde hay que buscar un buen contendiente, jugar un partidito y san se acabó, la pasaron bien y se olvidan de uno por salud mental.

Alfred Kubin, *The Devil as a Stallion*, 1913

A muchos hombres les gusta alardear de sus aventuras sexuales, algunas mujeres, sin embargo, prefieren mantenerlas en secreto, guardarlas para sí pues saben a lo que se arriesgan si acaso quedaran al descubierto. Un día

Alfred Kubin, *The Bolting Horse*, 1920

me abordó un hombre mayor que también me mandó el Chino y cuando le aclaré que yo trabajaba exclusivamente para hembras él me explicó que quería contratarme pero no para él sino para su esposa porque ella estaba todavía joven y deseosa y él ya se sentía viejo e inapetente y prefería que sostuviera una relación satisfactoria y profesional en lugar de exponerse a ser engañado por algún embaucador que podía contagiarle alguna enfermedad o, peor, convencerla de que lo abandonara para siempre. Discreción, honestidad, higiene, eficiencia y satisfacción garantizada o la devolución de su dinero, he ahí mi lema. Aunque pensándolo bien algunas mujeres me han contratado con la idea de que lo que quieren es una relación sexual cuando en realidad lo que buscan es alguien con quien hablar y muchas veces todo culmina en una agradable pero totalmente inocua velada. Lo que anhela la mayoría de las mujeres que me buscan es eso, que seas atento, amable, caballeroso, que les hagas mimos y que les digas las cosas bonitas que les gusta oír como qué guapa te ves o qué inteligentes eres o qué simpática e ingeniosa, o tierna o franca, que les descubras sus cualidades evidentes que, por la rutina, sus parejas han dejado de percibir. Alguna vez una clienta me invitó a cenar a un restaurante pues tenía más necesidad de compañía que de un amante. Me parece que puedo ser un buen conversador y nos divertimos mucho, comimos, nos reímos y hasta me tomé un par de copas, contra todos mis principios, como si fuéramos marido y mujer. Reconozco que yo también disfruté de la ocasión y de la compañía y, aunque no hicimos el amor, ella me pagó como si le hubiera proporcionado el servicio completo. Salimos varias veces pero cuando me di cuenta de que ella se estaba enamorando de mí tuve que cortar la relación porque no me parecía correcto. Hasta en estos menesteres hay que tener una ética, ¿no? En suma puedo decirle que mis clientes más comunes son las esposas invisibles, aquellas mujeres a las que sus maridos y parejas ya no les hacen ningún caso, que ya no les importan y no muestran por ellas ni el más mínimo interés, aquéllas que se esmeraban por preparar una buena cena o por arreglarse para recibir al marido y que de pronto se dieron cuenta de que ya no las veían, de que un buen día se habían vuelto invisibles.

¿Qué va a pasar conmigo dentro de unos años? Quién sabe, yo lo ignoro, aunque seguramente me ocurrirá como a aquellas esculturas antiguas a las que el tiempo les troza las espaldas, los brazos y la virilidad y quedan en calidad de pieza de museo. Pero pase lo que pase por ahora no importa demasiado, usted págueme y espero que haya quedado enteramente satisfecha. U